

Al leer «La mitad de la vida» sentimos la emoción penosa de leer nuestra propia vida, que en muchos aspectos es similar a la de la protagonista.

Aunque descuidada en la forma, el fondo ricamente inspirado en la Escuela de la vida es de un valor inconmensurable como aporte cultural y psicológico a nuestra literatura nacional.—OSCAR ESPINOSA MORAGA.



LA NOVELÍSTICA INGLESA

En su reciente TRATADO SOBRE LA NOVELA (Jonathan Cape, Londres), *Robert Liddell* recoge, ordena y comenta opiniones acerca de la elaboración literaria y la estética de los elementos del género, refiriéndolas a una interesantísima recopilación de pasajes en que Meredith, Conrad, y James, además de Gide y Proust, han estampado, sea en sus obras, sea en sus prólogos, las mismas observaciones sobre los principios y afanes que mueven al novelista.

Algunos, como Aldous Huxley, impugnan a la novela tradicional por desenvolver «anécdotas, enredos y personajes inúmeros e interminables, sin hipótesis explicativas, y supeditados a la conveniencia estética». El autor responde que la observación de la naturaleza humana da dignidad suficiente a la novela, máxime si, como afirma, se desarrolló hace cabalmente dos siglos para suceder al teatro, extinto poco antes. Si bien es innegable que los personajes y la trama de las obras policiales de la actualidad son superiores en diseño a los de Shakespeare, hay ciertos imponderables que fuerzan a reconocer al maestro. Y decimos imponderables recordando cómo Henry James, el más eximio de los artífices, hace notar que «la alusión dispersa, la palabra vaga, el eco indistinto, el vestigio de verdad, de belleza, o de realidad, apenas perceptibles al común de los ojos»,

le han servido por lo general de punto de partida para un argumento. Otros no pueden escribir una línea sin visualizar antes concretamente a sus personajes, y necesitan, por así decirlo, un prontuario de cada uno.

En todo caso, de qué habrá de echar mano el novelista, cuál sea la parte funcional de su experiencia, todo esto escapa a su control. Hará bien, eso sí, en no tratar de exceder los límites impuestos por su mentalidad y por el ambiente en que se formara. La obra maestra es en gran medida involuntaria, pero el secreto reside en la «concordancia entre el tema y el temperamento del autor».

La interpretación psicoanalítica puede errar, entre otras razones, porque del autor sólo queda estampada en su libro parte de su experiencia. A este respecto refuta Liddell la teoría aceptada de «The Turn of the Screw», de James (El Paso del Tornillo), que supone concomitancias sexuales desde el título mismo, y reduce al autor al nivel mental de una niñera frustrada.

La obra de este último es objeto de comentarios críticos compilados en otro volumen, «EL PROBLEMA DE HENRY JAMES» (Allan Wingate, Londres), y fechados desde 1879 hasta 1943. Nacido en los Estados Unidos, pertenece por su obra a la literatura europea, donde el tema no es tanto el del hombre en su relación con la naturaleza, como el de hombre frente a hombre. Y a tal punto lleva el análisis psicológico que Liddell puede decir de él que, «dramaturgo frustrado, es el primero que prueba que la novela puede hacer todo lo que hace el teatro, y más aún, que se puede lograr con ella mucho que no logra éste». Cierra el volumen una bibliografía muy completa.

Las novelas de James carecen de acción. Opuestas en esto, como también en lo utilitario y perfectivo de los ideales, son las novelas de quien restauró la unidad de acción de la misma, cualidad esporádica anteriormente en la novela inglesa, y cuya biografía—si se nos permite ir retrocediendo cronológicamente

—ha aparecido también recientemente: GEORGE ELLIOT. HER LIFE AND BOOKS (por *Gerald Bullett*, Collins, Londres), pseudónimo de Mary Ann Evans. Los personajes de sus obras son interesantes desde el punto de vista de la elaboración literaria, por cuanto es fácil reconocer en ellos a los miembros del círculo familiar de la autora. Sin embargo, escribe ella, «no hay un solo retrato en «Adam Bede», sino únicamente los datos sugestivos de la experiencia incorporados a combinaciones nuevas». El curioso fenómeno de la resucitación de escritores que han dejado de leerse, como en el período que medió entre las dos guerras el caso de Trollope, pintor de ambientes reposados y tradicionalistas, parece, según su biógrafo, estar por repetirse respecto de George Elliot, que alcanzó preeminencia instantánea en su época. Pero el motivo tal vez no sea ya el del «escapismo», sino la boga adquirida por el sadismo en las sociedades estragadas por condiciones bélicas reiteradas. En efecto, la vida emancipada de la autora, educada en el más estricto puritanismo, halla expiación vicariante en el infortunio de sus personajes.

Podremos preguntarnos a veces por qué los «best sellers» de la América de habla inglesa se deben tan a menudo a plumas femeninas. No hay en ello improvisación; particularmente en la literatura efímera que es la que más resonancia popular tiene, gracias, por ejemplo, al cinematógrafo, las mujeres anglosajonas se han mostrado siempre lectoras más voraces que los hombres, y del mismo modo abundan más que en los países latinos sus nombres en los catálogos de librería. Pero esto se refiere no sólo a los novelones a la moda. Ya hace tiempo que vemos figurar en los escaparates traducciones de algunas de las figuras más representativas de entre las escritoras inglesas, como las Brontë o Jane Austen. Maestra del realismo, tenía esta última la cualidad que terminó por hacerla famosa—fatal cualidad para una mujer en cuanto mujer en la vida civil—la ironía inteligente. Y la ejercitó con habilidad consumada en el terreno de las poquedades que forman la vida cotidiana, situando la

acción de sus libros en las provincias de la Inglaterra de los albores del siglo XIX. R. W. Chapman ha reunido en un breve volumen, pletórico de información («Jane Austen, Facts and Problems», Oxford University Press) las conferencias que sobre ella diera el año recién pasado. La erudición es pasmosa, particularmente en lo referente a las genealogías de una familia de suyo complicada; lo episódico encuentra su lugar junto a la apreciación devota; un modelo, en suma, de lo que debe ser el arqueo de cuanto de un autor se sabe en determinado momento.—M. B. C.